III Domingo de Cuaresma Ciclo C

¿PARA QUÉ OCUPAMOS LUGAR?

1.- **"Jesús les dijo esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Entonces dijo al mayordomo: Córtala. ¿Para qué va ocupar terreno en balde?". (San Lucas, Cáp. 13.)** Según la tradición, Buda se sintió iluminado mientras meditaba a la sombra de una higuera. Por lo cual sus discípulos la llamaron el árbol de la sabiduría. Se cultiva en el Oriente Medio desde tiempos antiguos y sus frutos, que además tienen virtudes curativas, se comen frescos o conservados en miel. En tiempos de Jesús, todo israelita acomodado poseía una higuera en su huerta. Mientras otras crecían entre los viñedos.

Jesús nos cuenta, en una corta parábola, la desilusión de un granjero al no encontrar frutos en su higuera. "Ya ves, le dice al mayordomo. Tres años llevo viniendo a buscar fruto y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?". Sin embargo aquel mayordomo, hombre de experiencia, intercedió a favor de la inútil: "Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré a su alrededor". Abono del aprisco, mezclado con ceniza de ramas secas no le vendrían mal. "Si no, el año que viene la cortarás".

2- Tal vez aquí el Maestro se quedaría mirando a sus oyentes en silencio. Cada uno empezaba a aplicar la lección a sus propias circunstancias: ¿Cómo toca mi vida esta parábola? ¿Qué significa dar fruto? ¿Cómo abonar mi higuera? ¿Sobre qué calendario se marca ese año entrante? Sobre la superficie del planeta: 510.101.000 kilómetros cuadrados, hay un pequeño espacio que cada quien llamaría mi lugar. ¿Lo estaré yo ocupando en balde? Motivado por su administrador, el dueño del campo ejercita su paciencia. Al igual que nuestro Dios, "clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad…Cariñoso con todas sus creaturas". Sin embargo

esta condición del Señor exige de parte nuestra, una fe viva y responsable. Un examen sereno, pero a la vez realista de nuestras buenas obras.

Los apicultores nos explican la labor de las abejas en el panal, y también la triste vida de los zánganos. Algunos de ellos se aparean con la reina, pero la mayoría muere, sin haber dado ningún aporte a la colmena. Pero dar frutos, según el Evangelio, no siempre equivale a crear de inmediato una empresa, inventar una urgente vacuna, o descubrir la estrella más lejana. Se trata ante todo de cumplir con esmero nuestro deber, de tal manera que el Señor esté contento y se beneficien nuestros prójimos.

Cierto hombre, cuenta Segundo Galilea, rogó a un Ángel le concediera realizar cosas extraordinarias. Obtuvo este favor, pero con una condición: Todas sus actividades deberían resultar fuera de serie. Y aquel hombre se creyó feliz. Adivinaba el pensamiento, ganaba mucho dinero, toda la ciencia estaba a su servicio. Sin embargo, cuando una humedad le socavó su casa, no supo hacer nada. Cuando enfermó su esposa, no pudo acompañarla al médico. Cuando su hijo le pidió ayuda en las tareas, fue incapaz de responder. Otro creyente, en cambio, pidió también al Ángel realizar bien sus deberes ordinarios. Se sintió entonces igual que antes, frente a su modesto trabajo, con su familia y los amigos. Pero su vida fue agradable a Dios y comenzó a ser feliz.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.